

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes..... 8 rs.

Un mes..... 9

Trimestre. . . 27

Semestre . . . 52

Un año..... 100

Ultramar y extranjero..... 8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El palacio de Villena.—En la solemne profesion religiosa de sor Magdalena de los Dolores Chaves, en el monasterio de Santa Inés de Sevilla (poesia).—Historia natural: la hembra del orangutan.—¡Felicidad! (poesia).—Leyendas árabes: ¡Pobre Agar!—La Leon naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas.—Explicacion del figurin.—Fallecimiento.

EL PALACIO DE VILLENA.

"El palacio que un traidor
Manchó con su planta impía,
Arder tan solo debía,
Y ardiendo le veis, señor."

(Tradiciones toledanas.)

I.

Existen al extremo meridional de Toledo, en la plazuela llamada hoy del Tránsito, las ruinas de un palacio; grande y magnífico edificio del gusto mudéjar, y de cuya soberbia fábrica solo quedan ahumadas bóvedas y rotos arcos de finísimo ladrillo.

El tiempo, con su mano desapiadada y terrible, ha

hecho crecer las ortigas y los abrojos sobre aquella antigua vivienda, cegando hasta la mitad de su altura los valientes y atrevidos arcos de su entrada.

Este palacio, levantado por Samuel Levi, tesorero del Rey D. Pedro, cuenta la tradicion que perteneció despues á D. Enrique de Aragon, señor de Villena.

El vulgo, asaz supersticioso y asustadizo, empezó á huir de sus inmediaciones, pues se creía muy de seguro que en los subterráneos del palacio, el bueno del marques, *el nigromante y el hechicero*, segun se le llamaba, tenia frecuentes conciliábulos con brujos, trásgos y duendes, ejerciendo alli sus artes mágicas. Estas hablillas, aumentadas y cundidas por comedres chismosas y vocingleras, que aseguraban haber escuchado gritos de agonía y ruido de cadenas, y visto en las noches de tormenta salir por los ajimeces del palacio estrañas visiones y terribles fantasmas rodeadas de sulfurosos resplandores; unidas á que el fundador del palacio fue un hebreo, y á que se encontraba enclavado en el centro casi de la Judería, convirtiendo la morada del sabio marques en un edificio infernal, ahuyentando de sus inmediaciones á los plebeyos, y haciendo aligerar el paso á los hidal-

gos, los cuales, á pesar de su valor y de su rabitescia, se santiguaban al pasar junto aquella diabólica vivienda.

Á la muerte de D. Enrique, el palacio quedó abandonado, y el vulgo creyó que en el mas profundo de sus antros se hallaba el cuerpo del marques dentro de una redoma, bajo la custodia de una falange de brujos, hasta que llegase el momento en que por virtud del poder de sus diabólicas artes tornase rejuvenecido á la vida.

Esta es la tradicion popular; veamos ahora la verdad histórica.

Por mas que lo hemos procurado, ningun dato tenemos que pruebe que la casa del tesorero de D. Pedro perteneciera á los marqueses de Villena, hasta que D. Enrique IV cedió aquel suntuoso edificio, con el título de duque de Escalona y marques de Villena, á su privado D. Juan Pacheco.

La causa que motivó la ruina de aquel palacio es indudablemente una de las páginas mas gloriosas de la historia de la ilustre familia de los Pachecos, y una de esas acciones que enaltecen el carácter y la hidalguía española.

El año 1525, mientras Francisco I, Rey de Francia, preso en la torre de los Lujanes, se desesperaba al verse tratado con tan poca deferencia por su vencedor Carlos V, este monarca se disponia á recibir en Toledo, con los honores propios de un príncipe, al duque de Borbon, orgulloso noble que, desavenido con su Rey, se habia pasado al ejército español, tiñiendo su lanza en multitud de encuentros en la sangre de sus hermanos, y desgarrando con su espada la bandera de su patria.

Los nobles castellanos le miraban con cierta prevencion, con marcada indiferencia, pues á sus corazonces leales y generosos disgustaba sobremedida el infame proceder de aquel hombre, que por saciar una venganza personal osaba blandir el acero contra su legítimo Rey.

Estos sentimientos, reprimidos por respeto al Emperador, no pudieron estar ocultos por mucho tiempo.

Era la víspera del dia en que el duque de Borbon iba á llegar á Toledo.

Carlos V, acompañado del marques de Villena,

D. Diego Lopez Pacheco, hallábase en una de las caladas galerías de su regio alcázar.

La tarde declinaba, y el sol se hundia en el ocaso, alumbrando con sus últimos rayos el vistoso y variado panorama que desde aquel punto se descubre.

En primer término mírase la ciudad con su apiñado caserío, elevando al cielo las afiladas agujas de sus templos góticos y las cuadradas torres de sus iglesias.

Al fondo, el Tajo serpeando por las floridas riberras de los parques de Galiana, semejante á una ancha cinta de plata que, pasando el estenso ojo del arábigo puente de Alcántara, se pierde despues de besar la parda roca que sustenta el castillo de San Servando, en un estrecho cauce de rocas de granito, y completando la composicion multitud de desiguales colinas, cubiertas unas de olivos corpulentos ó de verdes albaricoqueros, y peladas y rojizas las otras que escalonan, corriendo á perderse en el horizonte en una cadena interminable.

Distintos pensamientos agitaban el alma de los dos personajes mencionados.

Ocupábase el Emperador en buscar entre los palacios de sus nobles cortesanos el mas á propósito y mas digno del alto aprecio que el de Borbon le merecia, y estasiábase el de Villena en la contemplacion del cuadro que presentaba la naturaleza al espirar de aquella hermosa tarde.

El Emperador, despues de comparar unos palacios con otros, decidiose al fin por el del marques, y volviéndose hácia él, le dijo:

—¿Ya sabes que mañana tendremos el gusto de ver á nuestro lado al noble duque de Borbon?

—Ya lo sé, señor.

—Pues bien, Pacheco; ya que tan distinguido caballero nos visita, justo es prepararle un alojamiento digno de su alcurnia; por lo tanto, espero, marques, que te sirvas recibirle en tu casa.

—Ya sabeis, señor, que cuanto tengo y valgo está á la disposicion de mi Rey; pero tened en cuenta que si se hospeda el de Borbon en mi palacio, yo sabré reducirle á cenizas en el momento que le abandone, porque no creo que la casa que ocupe un hombre traidor á su patria pueda ser en adelante digna vivienda de un noble castellano.

La palabra del marques fue exactamente cumplida.

La familia de Pacheco desocupó el palacio, y el duque de Borbon se hospedó en él; pero al siguiente día de abandonarle, los criados del de Villena le dieron fuego de su orden, no permitiendo que nadie extinguiera el incendio, que redujo en breve á un monton de humeantes ruinas aquella magnífica morada.

Así acabó aquella suntuosa fábrica, hecha por alarifes mudejares, con sus techos riquísimamente labrados, sus muros llenos de preciosas tablas de atauja, de delicadas cenefas de almocárabe, de friosos de aliceres (azulejos), encerrando en su recinto todo el gusto con que aquellos artistas sabían decorar sus creaciones, de las cuales se conservan aun en Toledo, por fortuna, magníficas muestras en la casa de Mesa, en el taller del Moro y en otros muchos edificios que fuera prolijo enumerar.

JULIAN CASTELLANOS.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE

SOR MAGDALENA DE LOS DOLORES CHAVES,

en el monasterio

DE SANTA INÉS DE SEVILLA.

¡Cuán grande es la ventura
del alma fiel que en remontado vuelo,
en las horas de angustia y de amargura,
busca en la escelsa altura
la fuente perenal de su consuelo!

Feliz ¡oh Dios clemente!
el que anhelante tu poder admira,
el que humilde te invoca y reverente,
y en su entusiasmo ardiente
tu nombre aclama y por tu amor suspira.

Dichoso el que abandona
por Ti, Señor, cuanto en la tierra alcanza,

y en plácido retiro no ambiciona
mas preciada corona
que la luz celestial de tu esperanza.

Feliz tú, Magdalena,
escogida de Dios, feliz mil veces,
que el mundo olvidas, y con faz serena
hoy de entusiasmo llena
amante esposa al Redentor te ofreces.

Sombras de horrible duelo
anublaron tu grata primavera,
y, ¡á dónde, á dónde en el mezquino suelo
hallar digne consuelo
tu infortunado corazón pudiera?

Si aun jóven, si aun hermosa
de la vida en la senda aparecias,
y arrullada del aura bulliciosa
prados de mirto y rosa
á tu paso dé nuevo encontrarías.

¡Qué los míseros dones
son de la tierra para el alma pura
que esquivando las vanas ilusiones,
contempla las mansiones
donde se alcanza perenal ventura?

Tus ojos se apartaron
de las falaces glorias de este mundo;
á la celeste cumbre se elevaron,
y allí solo buscaron
alivio eterno á tu dolor profundo.

Y el claustro contemplaste
cual faro de tu lóbrego camino,
y ser esposa de Jesús ansiaste,
que tierna te abrasaste
en los destellos de su amor divino.

“Si gracia en tu presencia
puedo encontrar, clamaste enajenada,
deja que se deslice mi existencia,
cercada de inocencia,
á Ti, Señor, por siempre consagrada.

„En Ti solo confío,
en Ti, que enjugas nuestro acerbo llanto:

entre tus castas vírgenes, Dios mío,
lejos del mundo impío,
acógeme á la sombra de tu manto.

«¡Oh! ven: yo quiero verte...
ven, del Líbano ven, luz de mi vida;
mi amante corazón quiero ofrecerte,
y ser hasta la muerte
por tu mano piadosa conducida.»

Dijiste: desde el cielo
oyó Jesús tu súplica ferviente;
y respondiendo á tu profundo anhelo,
hoy el sagrado velo
de sus esposas cubrirá tu frente.

«Ven, dice, á mi morada,
la aurora luce de tu eterno día;
¡oh! llega, llega, por la Fe guiada,
y serás coronada
en la cumbre de Hermon, esposa mía.

¡Oh instantes de ventura...!
Magdalena feliz, hoy que te alejas
de esta mansion de llanto y amargura,
en tu plegaria pura
ruega al Señor por los que en ella dejas.

Pídele que en el suelo
sus dones piadosísimo derrame;
que dé benigno á nuestro mal consuelo,
y que con santo anhelo
humilde el hombre su poder aclame.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

HISTORIA NATURAL.

LA HEMBRA DEL ORANGUTAN.

Mucho tiempo hacia que se notaba gran confusión é incertidumbre acerca de la especie de mono conocido por los naturalistas con el nombre de *orangutan*. Buffon la confundió con la del pongo ó chimpancé de África. Solo en estos últimos tiempos, y

gracias al celo de los zoólogos de Calcuta, se ha demostrado que existe en la India continental y en las grandes islas de la Sonda, Borneo y Java cierta clase de monos con formas y costumbres casi humanas, á los que dan los naturales del país el nombre de *sabio de los bosques*, que es la traducción del *orangutan*. Se han hallado recientemente muchas ocasiones para observarlo, y en Holanda se ha procurado, por medio de las relaciones que existen entre esta nación y Java, una serie completa de este animal en todas sus edades, cuya serie se conserva en el gabinete del Haya. En París hay también algunos ejemplares disecados y en esqueleto, y es digno de atención uno de la segunda clase que poseía anteriormente el Stathouder de Holanda, y que representa un orangutan de Borneo, que, según las proporciones del esqueleto, debía tener de seis á siete pies de alto. Los ingleses, como tienen multiplicadas y estensas relaciones con la India, han adelantado mucho más en la materia, y, además de varios ejemplares de orangutanes que poseen los gabinetes públicos y particulares, conserva viva el Jardín zoológico de Surrey una hembra joven del verdadero orangutan.

Sin embargo, está demostrado que aun no se ha podido lograr traer á Europa ningún orangutan vivo de más de cuatro á cinco años de edad, y así no se ha observado todavía su verdadero carácter, siendo muy probable que no se logre jamás, porque los individuos adultos son muy difíciles de coger; y, aun logrado esto, mueren á los pocos días de cautiverio.

La hembra del Jardín de Surrey tiene dos pies y algunas pulgadas de alto, y se supone que tendrá unos tres años de edad.

El vientre de estos animales es bastante voluminoso, pero no es fácil señalar esta circunstancia como propiedad general de toda la especie, por la razón que dejamos espuesta arriba, y mucho más sabiendo que la grosura del vientre es rasgo característico de la infancia, aun entre los racionales.

En Inglaterra, para conservar mejor individuos vivos de todas las especies de monos, se han construido habitaciones á propósito, con estufas y plantas artificiales; y es indudable que de este modo es como únicamente se podrá lograr el mantenerlos más

tiempo, pues se les proporciona un calor húmedo y propio para sus delicados pulmones.

La hembra del Jardín de Surrey se mantiene de este modo, y llama particularmente la atención la docilidad de su carácter y su amabilidad, y el aplomo y concierto con que hace todo. Acostumbra á dormir en un lecho que ella misma se forma de hojas y yerbas secas, tapándose con un paño que se rodea minuciosamente al cuerpo. Generalmente pone su cama en el paraje mas alto que encuentra, y su alimento ordinario es pan y leche.

¡FELICIDAD!

*Niña feliz, ¿qué deseas?
Niña feliz, ¿qué te falta?*

I.

Al trazar tu porvenir,
el destino lo pintara
con las mas vívidas tintas
de la risueña esperanza;
tu edad es la edad dichosa
en que el recuerdo no mata,
en que el presente acaricia,
en que el porvenir halaga;
la mañana de las flores,
el despertar de las auras,
el nacer de las estrellas,
el lucir de la alborada.
Tienes juventud, fortuna,
talento, hermosura, gracias,
y belleza mas subida,
¡que es la belleza del alma!

Niña feliz, ¿qué deseas?

Niña feliz, ¿qué te falta?

II.

En el cuadro de la vida
que naturaleza traza,
sin las sombras del dolor
el placer no se destaca.
Si alguna vez un suspiro
de tu corazón se exhala;

si allá en el fondo del pecho
sientes vacíos del alma;
si la ventura te hastia,
y si la dicha te cansa,
y si al azar y sin norte
vaga tu triste mirada,
no busques en tu belleza
la felicidad mundana;
búscala, sí, en la virtud,
¡que es la belleza del alma!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

LEYENDAS ÁRABES.

¡POBRE AGAR!

I.

Ismael era uno de aquellos mancebos árabes de una tribu errante que jamás habia querido vivir en las ciudades, ni sujetarse á la ley de otro hombre, ni dejar de respirar el aire de los desiertos, ni de reposar á la sombra de la palma ó del espinó que crecía en las estensas llanuras del Mar Rojo.

Él y su bellísima hermana Agar (1) vivían en pacíficas y solitarias grutas que hacia el indómito mancebo para preservarse de los abrasadores rayos del sol, y huir de los hombres, que consideraba como sus mas crueles enemigos.

Cuando querían emprender una caminata por aquellos desiertos ardorosos, la hermosa jóven montaba en un camello, acostumbrado á este peso tan agradable, é Ismael subía en un dromedario á quien habia enseñado las costumbres de un manso perro, que de continuo se corrige y se adiestra hasta hacerle un órgano de los caprichos del hombre.

El jóven árabe vivía contento en esta soledad, porque su alma tenia ese tinte salvaje, esa fiereza que se aproxima al león, á la pantera y al tigre con mas facilidad que á los seres humanos.

No hubiera cambiado él la piel que vestía ni su

(1) Los árabes ponían á sus hijos los nombres de Agar é Ismael, para significar que no eran sarracenos y sí descendientes de ismaelitas y agarenos.

vida errante y aventurera por el mas rico traje de los Augustos y Trajanos, ni las ponderadas joyas de la Persia y de la Siria.

Tampoco hubiera aceptado lanzarse al Océano Indico y hacer el rico botín que otros árabes hacían.

¿Para qué quería las riquezas, si tenía el alma devorada por un horrible recuerdo que le hacía aborrecer hasta el nombre que llevaba?

Su padre había sido un pastor de los confines de la Arabia, que con otros pastores, divididos en tribus, habían acampado en parajes cómodos para su ganado, y sobre todo para su libertad.

Allí adoraban al sol y admiraban los astros.

Allí vivían con sus mujeres, y tenían sus divertimientos y danzas campestres.

Allí gozaban de la bella y fértil naturaleza, sin temer á los calabozos ni á las cadenas que arrastra el hombre civilizado.

Se alimentaban de pescados y frutas, y corrían en sus ligeras canoas por aquellas estensas playas, como el pez á quien nadie puede imponer justicia, ni leyes, ni gobierno, ni opresión.

Si alguna vez una raza contraria les embestia, el derecho quedaba de parte del mas fuerte.

No era necesario que para extinguir un solo hombre, ó sostener un principio, muriesen en la demanda ejércitos asalariados para matar sin ofensa y hacer víctimas sin odio.

Mas de una vez quisieron algunas legiones penetrar en estas llanuras y estos desiertos, y se vieron burladas las esperanzas de hacer esclavos á unos hombres que habían nacido para anidar en las rocas como las águilas, ó vivir en el mar como la indómita ballena.

La vida era para ellos la libertad.

El manjar mas rico de la tierra, la sazónada fruta que llevaban á sus labios, no habían tenido que buscar para comprarla esa funesta moneda por la cual suda el hombre, ó derrama su sangre, ó comete villanías, ó proyecta acaso crímenes.

Y para qué querían ellos el oro en medio de aquella naturaleza que les daba sus aguas, sus productos y sus llanuras, primitivos dones concedidos por Dios, y que los hombres han convertido en esclavitud por sus torpes ambiciones y su nunca satisfecho deseo?

Un día que los ejércitos de Semíramis invadieron aquellos terrenos, fue horrible la confusión de aquellas razas salvajes.

Las mujeres daban horribles gritos, que se repetían á lo lejos como los gemidos del mar: los hombres aullaban como las fieras, y los niños lloraban, é iban á refugiarse en los brazos de las madres, con mas horror que si viesen una turba de caimanes, que saltando tierra adentro invadiesen de repente las playas y los confines.

Horroroso era el ver huir aquellas infelices mujeres, llevando dos ó tres hijos á cuestas, y estrechando sobre su corazón al mas débil, como diciendo que antes le arrancarían las entrañas que aquel hijo de su amor.

Los pies de aquellas mujeres iban derramando sangre, que se estampaba en los resecos arenales, y aun algunas dejaron sus dedos entre guijarros, sin que por eso detuviesen su terrible carrera.

"Antes morir que esclavizar á nuestros hijos," decían dando gritos salvajes, y revolviendo la sangrienta mirada para descubrir las huestes que llegaban á lo lejos.

"Antes nos arrancarán la lengua, mesarán nuestros cabellos, y nos arrastrarán por la arena como tigre vencido por el hombre, que tocar á ninguno de nuestros hijos."

"Antes que llevarles esclavos á los pies de los Emperadores de Constantinopla, ó á los sátrapas de Persia, ó á los Reyes de la Arabia, los despedazaremos con nuestras manos ó los arrojaremos á los mares, que vale mas ser tragado por una fiera marina que resistir el tiránico yugo de los hombres."

Y corrían y corrían aquellas libres mujeres, mas que panteras heridas, suelto el cabello á la espalda, desnudo el tostado seno, y aferrando con amor entre sus convulsos brazos aquellas prendas queridas.

Un historiador asegura que el ejército enemigo creyó hallarse en un país encantado al ver cruzar á lo lejos aquellas ligeras sombras, sin verles tocar la tierra ni saber á dónde se dirigían.

Los hombres mas valerosos se detuvieron á quitar sus tiendas, destruir sus grutas, quemar sus cabañas é inutilizar los pozos, que á fuerza de gran trabajo habían abierto para recoger los manantiales del

cielo, y que ora cegaban á toda prisa con grandes peñascos y brasaduras, ora con restos de árboles y enramadas.

El árabe que habia gastado dias y dias en construir una morada cavernosa, para encerrarse allí con la mujer adorada, y vivir sin que le inquietasen rivales ni le aprisionasen tiranos, al partir destruía con furor el asilo de sus amores, que con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de pasión habia edificado.

No solo perdía las aguas, los víveres y los objetos necesarios á esa vida de la naturaleza y el amor, sino que ya habia perdido á su amante que huía por orden suya con las otras mujeres, sin saber si volvería á hallarla ó perecería de hambre y de sed.

Mas preferia estas horribles ideas á ver á su amada compañera arrebatada por un soldado del ejército terrible, mientras él era amarrado con los mas terribles hierros, como un rabioso que se lleva arrastrando para arrojarle al mar.

Los pobres camellos daban carreras desordenadas, y aterraban con sus resoplidos deformes, y se ponian en actitud de embestir, reconociendo el peligro.

¡Sabia revelacion de la naturaleza, que avisa á todos los vivientes del mal que les amenaza!

Estos dóciles animales parecian leones al sentir la proximidad de las tropas, y algunos, con mas instinto que los demas, se detenian delante de sus amos, y doblando sus largas y delgadas piernas presentaban sus dos prominencias del lomo, como diciendo á su señor: «Sube sobre mí, que yo te salvaré.»

Pero ninguno se ocupaba por entonces de su vida. Lo único que querian era dejar enteramente destruido todo terreno donde hubiese una gruta, una cisterna, ó algo que pudiese servir de amparo á los que llegaban.

Sabían que las tropas venian sedientas de destruirles y aprisionarles; pues se les acusaba de piratería, y se contaban mil hazañas de árabes que embarcados en canoas eran milanos de los mares, que hacian destrozos y ricos botines que iban despues á disfrutar en aquellos terrenos ignorados con sus hijos y sus mujeres, libres de toda invasion y ley.

Con efecto, entre estas razas errantes habia algunas que se habian lanzado al pillaje, y que hacian se

considerase á las demas ocupadas en sus mismos amos y correrías.

Así una nacion adquiere el nombre de cruel por unos cuantos hechos de personajes célebres, en sus crímenes, que echan horrible borron sobre la nobleza y la honradez de los seres buenos.

Pero en realidad estos hombres libres solo se ocupaban de apacentar ganados ó ir á buscarles yerbas con sus tranquilos camellos en los parajes donde las habia, acampando, como las razas judaicas, donde les sorprendia la noche, y comiendo frugales alimentos, y adorando la salida del sol, y enseñándose á creer en una Providencia.

Los que se retiraban mas de la costa y se internaban en los arenales, se escondian en cavernas y en parajes ignorados, eran los mas perseguidos.

Estos ni aun siquiera se dividian en razas como los pastores. Vivian por sí y para sí. Cada familia era una tribu. Cada hombre un rey ó un esclavo de sí mismo.

Los habia entre ellos tan valientes, que deseando una piel de leon ó de tigre para hacerse un vestido con que agradar á su amada, entablaba lucha abierta con uno de estos terribles animales, venciendo en el combate.

Despues volvia triunfador, diciendo á su compañera:

—Ahí tienes, hija de Agar, esa hermosa piel, arrancada á una fiera que me queria vencer.

Si quieres que sirva de alfombra á tus plantas, yo te la cedo, y si es tu capricho que cada dia me lance al Desierto en busca de las melenas del leon para hacerte con ellas un asiento cómodo ó un caprichoso almohadon para tu hermosa cabeza, habla, que los descendientes de Ismael jamás han temido á nadie.

Y si viven en grutas y en parajes ignorados, es porque su ferocidad no les permite vivir entre cobardes, como son esos hombres que solo reunidos y en masa saben ir á arrancar de sus hogares á los tranquilos habitantes del Desierto.

Bien sabes tú que los agareños desafian esos mundos de habitantes con sus ejércitos fuertes, y que son aun mas valientes que los sarracenos aquellos hijos de la mujer de Abraham.

Nosotros no queremos que confundan nuestras razas; nosotros queremos que nuestras mujeres todas se llamen Agar y los hombres Ismaeles, porque con estos nombres vivieron nuestros abuelos respetados como dioses.

¡Amor y libertad para nuestra raza pura!

Nada de coronas brillantes, ni mantos de armiño. Tú eres mi Reina, mujer, ínterin sea grande tu decoro: si faltas á él, serás muerta, porque los árabes de raza genuina, los que desde antiguos tiempos se nombran ismaelitas, no permiten profanación en su hogar ni adulterio en sus mujeres.

Yo partiré las pieles que arranque á las fieras contigo; yo partiré la caza que pueda hacer para que te sirva de alimento; yo iré á buscar grandes peces para que asados los comas; yo me internaré en los sitios donde los frutos sazonan bien, y los traeré envueltos entre palmas para que refresquen tus labios abrasados de sed, y de marchitos y pálidos se tornen en dos lunas de coral guarneciendo un broche de perlas.

Pero, ¡ay de ti si un día, al llegar yo á la gruta, veo salir de ella á otro hombre!... Me lanzaré sobre él y será devorado con mis uñas y mis dientes, y descubriendo sus entrañas como hacen los tigres cuando devoran sus presas, las arrancaré para arrojártelas al rostro, y devorarte en seguida sin piedad. Yo soy el hombre libre, el que derriba con sus robustos brazos los pinos y las palmas, el que hace de un tronco deforme que vivía en rincones apartados cubriendo palmos de tierra con su ramaje, una ligera canoa que lanza al mar y se columpia en las olas.

En mí está la fuerza y el valor, y, sin embargo, me arrastro á tus pies, porque me has seducido.

Te respeto porque te amo.

Parto mi lecho de hojas contigo, valiendo mas que tú, que solo sabes llorar y ser cobarde.

Que no sirves para defender nuestros campos, ni burlar la astucia del enemigo.

Que no vas á la pesca, y que tiemblas y huyes y gritas cuando escuchas rugir una fiera cruzando por delante de nuestra gruta.

Y, sin embargo, yo soy tuyo y te he llamado mía.

Tú has dicho, mirando el astro que ilumina por las noches nuestra morada, que yo solo soy el dueño

de tu belleza, que me perteneces, como las ramas al árbol, como la arena al desierto.

Si olvidas alguna vez estas palabras, mujer, prepárate á morir.

—Soy tu esclava, respondía ella.

É inclinándose besaba los pies del enamorado árabe, que tornaba las miradas iracundas en sonrisas de amor.

¡Feliz existencia de los enamorados, que hasta en su propia esclavitud hallan placer!

(Se continuará.)

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Aquella enlutada era Elena, que rogaba á Dios perdonase á su hermano la agonía de aquella mujer; pero ¡cuál fue su sorpresa cuando, al llegar el sacerdote con las Formas divinas, vió á la derecha, entre los convidados, á Arturo, que con un cirio en la mano, la cabeza descubierta y el semblante pálido, le acompañaba!

Sus ruegos no habian sido rechazados.

La confianza que le habia hecho respectó á Julia, habia tenido un feliz resultado.

Porque Elena, desesperada, llorosa, se habia arrojado en los brazos de su hermano, diciéndole:

—¡Tú la matas! ¡Arturo, tú la matas!.....

El era libertino, verdad; pero tenia un alma noble y tierna, que recibia fácilmente las impresiones lo mismo que las olvidaba. Aquellas palabras fueron un rayo que iluminó su loca razon.

Se quedó meditabundo, sombrío, sin tener acción para replicar ni para consolar á su abatida hermana.

Esta, á su vez, habia perdido su coquetismo y li-

(1) Véase nuestro número anterior.

gerezza. La niña alegre y juguetona se había hecho en pocos días una mujer grave, llena de sentimiento.

Los dolores de la amiga de su niñez laceraban su corazón. Hubiese hecho todos los sacrificios imaginables para consolarla.

Al separarse de su hermano para correr al lado de la enferma, estrechó sus manos, diciéndole:

—¡Arturo, si no ha muerto en ti la nobleza de alma y la honradez del caballero, ve lo que haces! ¡Quizá sea tiempo aun! Mira que la conciencia te gritará mañana muy alto. Adios: yo voy á colocarme junto á tu víctima, y la salvaré ó la acompañaré hasta el sepulcro:.....

Aquel acento tenía algo de sobrehumano y superior. Arturo se quedó aterrado, confuso. Su frente se inclinó al suelo como si tuviese un crimen de qué acusarse. Quiso aturdirse aquella noche al lado de otras mujeres; pero una idea tenaz le perseguía, le acosaba.

Estaba rodeado de amigos, y se creía solo. Quería reír y burlarse de su posición; pero la posición se burlaba de él. Sus ideas, que solo imperaban momentos en su cabeza, se fijaban entonces como estatuas, y si quería huir de ellas, le perseguían con tesón.

Era la primer vez de su vida que la sociedad le hacia daño, que sentía en medio de ella malestar, desagrado, aborrecimiento, hastío. ¡El, que tanto amaba los placeres y el bullicio!

Á pasos desordenados se dirigió á su casa, se encerró en su habitación, y empezó á meditar el modo de rehabilitarse con la moribunda. ¡Pero era ya tan tardío su arrepentimiento!

Las horas pasaban, y él no lo sabía. Su cabeza estaba ardiendo, y no se había apercibido de ello. Sus rodillas temblaban, y él las hacia andar sin advertirlo.

Miraba, y no veía: parecía reflexionar, y no sabía organizar una idea. Estaba en uno de esos paroxismos de la inteligencia, en que la cabeza es una máquina y el cuerpo el material de que se compone.

Andaba, porque sus nervios le impelían. Se sentaba, porque estos se querían doblar y buscar la silla. Se oprimía las sienes con las manos, porque

sus convulsos dedos así lo ejecutaban en su tembloroso anhelo.

Al cabo de mucho tiempo de lucha, apoyó los codos sobre la mesa, donde había un billete colocado como una cédula sobre el tapete negro que la cubría.

Aquel papel blanco fijó su atención. En él se clavaron sus pupilas con tenacidad por espacio de una hora, no porque le veía, sino porque era el punto céntrico de la mesa donde se hallaba sentado.

Si hubiese sonado un tiro en aquellos momentos, acaso no hubiera vuelto la cabeza.

Hubiera caído al suelo herido, sin llevarse la mano siquiera al agujero que abriera la horrible bala.

Habría visto huir á su asesino sin perseguirle, sin mirarle siquiera.

Mucho tiempo duró este singular paroxismo, al cabo del cual su sangre, detenida en el corazón, empezó á circular con fuerza.

Su varonil firmeza sucumbió, y sintió un peso tenaz en los ojos y en la frente. Quería llorar, quería lavar con ardientes lágrimas el mal que había causado.

Dió la una, y la luz de su quinqué empezó á extinguirse. En las oscilaciones que daba, iluminó el billete que tenía delante, y creyó distinguir la letra de su hermana; pero la llama moría, y se volvieron á oscurecer aquellos signos.

No tuvo aliento para llamar á un criado, y cogiendo la carta, la acercó cuanto pudo á la luz, y leyó con trabajo estas líneas:

«¡Hermano mio! esta noche no nos veremos; me quedo á su lado. El ángel va á volver al cielo. Mañana va á recibir los últimos sacramentos, y yo no puedo abandonarla en la última hora. Adios: reza mucho.»

Arturo volvió á caer en la silla; y al día siguiente, al entrar un amigo suyo muy temprano en su cuarto, le halló durmiendo sobre la mesa, con el rostro como el de un hombre á quien hubiese acometido una muerte repentina. El sueño, en la madrugada, había vencido su dolor.

—¡Ah! exclamó; este tuno ha pasado la noche en alguna garita sospechosa, y viene á desechar el vapor de los licores en su aposento,

Y sacudiéndole con fuerza los brazos, y dando alegres risotadas, exclamó:

—¡Vamos, trueno incorregible! Despierta, que hoy nos vamos á divertir mas que ningun dia.....

VI.

Una mirada de vida.

Han pasado algunos dias, y el peligro de Julia tambien. Elena no hace mas que abrazarla, dándole los mas dulces títulos, en el cual no escasea el de "hermana querida!" "hermana de mi corazon!" y otros que la indiquen la ternura de sus deseos; pero ella recibe estos nombres, que otras veces la hubieran hecho feliz, con una frialdad que hiela.

Ha vuelto á la vida para sufrir de nuevo.

Siempre recuerda aquella noche en que, exánime, cadavérica, vió á Arturo junto á su lecho murmurando una oracion, mientras el sacerdote hacia en su frente y en su pecho el sagrado signo de la Redencion.

Su mirada moribunda se fijó en la de Arturo, y vió brillar una lágrima en sus pupilas.

Aquella lágrima y aquella mirada le dieron la vida.

Un dulce desvarío invadió su cerebro. En él solo veía una cruz, un sacerdote y un ángel que la ofrecía amor y que lloraba por ella como el genio del dolor sobre las tumbas.

Ya no quiso morir. Sintió que su alma volvía á posarse en su pecho. Recobró el acento y la accion, y llamando á su tia y á Elena con voz débil, les dijo: "¡Voy á vivir!" Y vivió, porque aun no estaba cumplido su término; porque tenia que sufrir nuevas amarguras.

Á los pocos dias daba paseos por el jardin, apoyada en el brazo de Elena.

Arturo acompañaba algunos dias á su hermana, y tenia con la enferma las mayores atenciones, mirándola tristemente.

Pero ni una palabra de amor.

Jamás quiso evocar un recuerdo, ni buscar un grato presente.

Ambos estaban colocados en difícil posicion.

La muerte habia tenido suspendida su segur sobre aquella cabeza encantadora, y Arturo tenia el pecado sobre su corazon.

Ni se atrevia á implorar un perdon generoso, ni á pedir un amor que habia despreciado á la mujer ofendida.

Ella por su parte sabia muy bien, apenas estuvo su razon para meditar, que aquel hombre se habia arrastrado de nuevo hasta sus pies por un sentimiento de compasion mas bien que por un cariño verdadero.

Un lazo habia vuelto á unirlos, y este lazo era Elena. Ella tuvo el poder de acercarlos, pero no de encadenar sus voluntades. La desconfianza germinaba en ambos.

¡Triste y amargo sentimiento que mata las ilusiones mas bellas!

Un dia hubo una explicacion entre las dos amigas, en la cual le manifestó Elena que la anterior conducta de su hermano habia nacido del trato austero y mongil de aquella casa, y de la poca libertad que le dejaba su tia para repetirla una y mil veces su amor.

—Arturo, dijo, necesita, para no cansarse en sus vehementes pasiones, una mujer que le estudie mas que le ame.

Una mujer que juegue con la sociedad y con él como con un lazo ó una flor de sus cabellos.

Tú tienes talento, Julia. Ámale, pero procura aparecer á sus ojos mas caprichosa, mas voluble, mas aérea que una mariposa sobre las amapolas de un estense campo.

Yo le conozco, y sé que solo podrá fijarle una mujer superficial que juegue con los corazones á su antojo.

Yo no quiero que te parezcas siquiera á ninguna de esas mujeres, pero procura estudiar tu papel.

—Es inútil el fingimiento, porque yo ya no le amo.

Elena se quedó paralizada.

—Yo no puedo amar á un hombre que iria conmigo al altar por un rasgo generoso, por un sentimiento de compasion.

Tú le has traído de nuevo hácia mí, como una madre acerca al lecho de su hijo el codiciado faculta-

tivo que ha de curar sus dolencias; pero... todo ha concluido; mi enfermedad y mi amor.

Tu hermano es mi hermano; ¡jamás, jamás le darán mis labios otro título!

Al decir estas palabras, Julia inclinó la cabeza sobre el pecho. Elena la levantó con ambas manos, y estampó un doloroso beso en su frente. Al sentirlo, la joven se estremeció, y mirando á su amiga comprendió cuanto quería decirle; entonces ambas se arrojaron en brazos la una de la otra, y lloraron juntas.

Elena, aunque niña, conocía bien el corazón de la mujer, y no quiso en aquellos momentos luchar con el desaliento de su amiga.

—Ellos llegarán á entenderse en su día, dijo con esperanza. Hoy se han alejado mucho, y sería violento atraerlos á un mismo punto. Nada produce el desamor ó el tedio como esforzar las voluntades.

El amor es tan libre y espontáneo en sus acciones, que no resiste un cabello que le detenga, cuando no quiere.

Todos los caudales del mundo no compran un instante de amor que no se siente ó un átomo de confianza perdida.....

El dinero vence grandes inconvenientes, el talento allana infinitas cuestiones; pero ni uno ni otro tienen el poder de enlazar afectos amorosos donde ha habido una herida de recelo.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda de hoy ofrece alguna diversidad en el modo de adornar las faldas, pues con respecto á las dimensiones son siempre las mismas en anchura y largura. Muchas son enteramente lisas, otras con un sencillo encañonado, ó bien escesivamente guarnecidas de volantes, encañonados, vieses adornados de encaje, de pasamanería ó de lindas franjas romas á

cabos perlados, ruches, etc.; despues adornos puntiagudos colocados sobre todas las costuras. Recomendamos estos últimos como los mas nuevos y porque son en verdad muy elegantes. Últimamente hemos visto un traje de campo sencillísimo de por sí, pero que guarnecido de este modo era enteramente coqueton y elegante. Era de linó del mas pálido gris vapor, y entre cada paño tenia una punta de cuarenta centímetros de altura, en tafetan rosa de la India, encajonada y lacerada de terciopelo negro; un encañonado con terciopelo encima daba vuelta al bajo de la falda. El cuerpo se componia de chaleco y vesta señorita encajonada en una ancha tira de tafetan, describiendo puntas caprichosamente en las esquinas del delantero y en medio de la espalda. Sobre las mangas ajustadas jockeys y adornos á tres puntas; era encantador.

Los trajes mas lindos de vestir para el estío son en muselina y organdí. No es posible imaginar nada mas fresco ni mas coqueton para el campo. Las faldas se guarnecen con moderación, ó bien con un pequeño encañonado en el bajo, ó tres vueltas de entredos blanco ó negro, es decir, las enteramente blancas, porque las estampadas tienen disposiciones indicadas, y todas son elegantísimas. El escollo de estos trajes es el cuerpo, que siendo alto y liso es poco menos que imposible el no desgarrarlo, y fruncido no sienta bien á todos los talles, á causa de que engruesa horriblemente. Creemos que las mejores combinaciones son cuerpo escotado y pelerina alta y cuadrada igual al traje, ó, si no, una vesta. Se puede objetar que una vesta pierde la forma á la primera lavadura, pero no la queremos de muselina sino en foulard pungée de ese magnífico blanco mate que tan bien sienta. Citaremos una de forma griega, es decir, enteramente recta, y tocando apenas el talle. Alrededor tenia un entredos de encaje negro de tres dedos de anchura; partiendo del cuello el mismo entredos, descendia por la espalda y sobre toda la costura de la manga, donde bajando se repetia en el contorno del bajo de ella, y allí ademas caia un encaje negro sobre una blonda blanca, y por cuello un ruche. Una doble fila de botones de ópalo que la cerraban en toda su altura, completaba el sello de distincion de esta vesta.

La creacion del corselillo está dedicada á los lindos talles, porque no hay nada mas gracioso; sus formas varias hasta lo infinito. Los hay para todos los caprichos, con aldetas postillon, de frac, recortadas, á puntas, con hombreras ó sin ellas. Algunos son completamente en pasamanería; otros en tafetan bordados de azabaches, ó, en fin, de cintas.

Las confecciones en tela igual para los trajes ligeros están perfectamente admitidas; pero las dos solas formas son el cuellecillo muy corto y el echarpe reversivo. La enagua *Imperio*, de que ya hemos hablado en otras ocasiones, obtiene la aprobacion de la mas graciosa entre las elegantes parisienses, S. M. la Emperatriz Eugenia: es la enagua preferida de la corte y de la ciudad, á causa de su privilegio de alargar el talle de la mujer, haciéndola mas ligera y armoniosa en sus movimientos, pues suele haber crinolinas pesadas como ciudadelas, que dan á las que las llevan la accion de un batallon en cuadro. La enagua *Imperio*, por el contrario, se abre por los costados y por detras al impulso de resortes movibles, que ceden á un mecanismo instantáneo. ¿Á dónde van sus olas, que desaparecen como las del mar?

Queremos prever la caída y decoloracion del cabello animando á las naturalezas pasivas y negligentes que, dejando trascurrir el tiempo, amanecen una hermosa mañana aturridas al aperebir sus cabellos blancos.

¡Pues qué!... ya el invierno, y sin embargo ayer éramos en la primavera. No hay duda; pero vino el estío, luego el otoño, y era menester echar mano del Agua de la Florida como preservativo, porque esta composicion química, elaborada con principios minerales y vegetales, no ofrece los inconvenientes de los demas tintes, puesto que no tiñe, sino que recolora.

El Agua des Cordelières, conocida hace ya algunos años, acaba de conquistar el mas importante lugar entre las aguas dentíficas por sus virtudes particulares y curativas. Algunas gotas bastan á contener instantáneamente los mas agudos y tenaces dolores, devolviendo al rostro toda su serenidad. Usándola diariamente, se olvida la dolencia, sin pensar siquiera en ella.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,110

Primera figura. Vestido de fulard gris plata, con fioreado rosa y cenefa en el bajo de cintas y fioreado. Cuerpo escotado con pelerina de la misma tela. Echarpe de glasé, color de rosa, guarnecido con una larga blonda y otra mas pequeña que le sirve de cebeza. Sombrero blanco de tul, con un gran grupo de plumas blancas en lo alto, cuyas puntas descienden sobre la frente.

Segunda figura. Falda de pelo de cabra á rayas; el bajo recortado en ondas. Cintura suiza, de glasé color marron, con lazo atras y largos cabos flotantes. Camiseta de batista á plieguecitos; corbata de seda color marron y lazos en los hombros de igual tela y color que la cintura. Peinado á la romana con lazos azules.

FALLECIMIENTO.

Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros amigos que el lunes 4, á las once de la noche, falleció el precioso niño D. Lucas Melgar y Saez, hijo de nuestra directora.

La muerte le ha arrebatado al cariño de sus padres cuando apenas contaba tres años, y despues de una penosa enfermedad de tres meses. La señora de Melgar, acongojada y presa del mas vivo dolor por esta pérdida dolorosísima, salió el miércoles para Villamanrique de Tajo á reunirse con sus padres y con su hija María de la Gloria, única que la queda buscando en sus caricias y en la soledad del campo la tranquilidad que la falta como un lenitivo á su acerba amargura.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.

LA VIOLETA



LES MODES PARISIENNES

